

Un regreso al sendero

Julián Monge Nájera
Editor de lo Revisto Biología Tropical

Hace algún tiempo Crisol publicó la historia de un recorrido por el Sendero Indio Desnudo en Santa Rosa. Ahora quisiera regresar a ese sendero, pero viajando unos 50 mil años al pasado.

El área recorrida por el más famoso sendero de Santa Rosa ha tenido cambios importantes por lo menos durante los últimos tres millones de años, cuando Costa Rica en general quedó totalmente emergida del mar, luego de una atormentada historia de vulcanismo y choques de placas tectónicas.

Si nos hubiera sido posible recorrerlo durante las glaciaciones del Pleistoceno, que acabo hace unos 10 mil años, habríamos visto a ambos lados del sendero una vegetación más baja y adaptada a un ambiente mas seco.

Se trataría probablemente de sabanas que a diferencia del actual paisaje guanacasteco, estarían habitadas por variedad de mamíferos grandes. A la distancia a ambos lados del sendero veríamos algunas manadas de gigantescos mastodontes. Más allá podríamos con suerte observar un tigre dientes de sable preparándose para atacar a una manada de caballos primitivos, más pequeños y regordetes que el caballo actual. En otra parte un grupo de extraños camellos nos observaría con precaución, y entre la parte arbolada veríamos a un perezoso gigante alimentándose junto a un armadillo del tamaño de una vaca. ¿Adónde se ha ido toda esta fauna maravillosa o el Guanacaste? Desafortunadamente, nunca más se verán estos animales sobre la Tierra, pues se han extinguido. Se cree que los grandes cambios climáticos de fines del Pleistoceno fueron la causa, y cuando llegaron aquí los primeros costarricenses, cazadores hábiles, acabaron con los pocos mamíferos grandes sobrevivientes.

Según estudios hechos recientemente en la Universidad de Costa Rica, los primeros habitantes del país llegaron al menos hace 20 mil años y no hace unos 10 mil, como se creyó hasta hace poco. Se trataba de bandas de origen asiático, que arribaron en tres oleadas al continente y que en Guanacaste probablemente se componían de menos de 100 personas cada una. Existe poca información sobre sus actividades, fuera de que se ha demostrado que cazaban incluso a los grandes mastodontes usando armas con puntas de piedra ("tipo clovis").

La vegetación de aquel entonces, parte de la cual sobrevive aún junto a este sendero, tenía importantes relaciones de cooperación con los animales hoy desaparecidos, que al alimentarse de sus frutos y follaje ayudaban a dispersarla. Aunque algunos investigadores piensan que esto dejó a las plantas sin capacidad de dispersión, la verdad es que había muchos otros animales que participaban como dispersores y siguieron haciéndolo cuando desapareció la megafauna pleistocénica. Algunos casos son las guatuzas, los garrobos y los chanchos de monte.

Por ejemplo, el garrobo, **Ctenosaura similis** (Iguanidae) consume variedad de frutas junto a este sendero y en otras zonas de Santa Rosa. Las frutas de la leguminosa **Acacia farnesiana**, un tipo de cornizuelo, son abundantes en sus heces durante la estación seca y salen con capacidad de germinar, lo cual sugiere que este garrobo es un dispersor más importante de lo que se ha creído hasta ahora y que ha mantenido desde el Pleistoceno la función de dispersar ésta y otras plantas en ausencia de sus compañeros de gremio, hoy extintos. Estos primeros coterráneos nuestros dejaron pocas huellas de su paso, pero no puede decirse lo mismo de sus descendientes. En el sendero se encuentran restos de una construcción indígena en piedra. Del año 300 aC al 300 dC y tal vez por una nueva migración desde el sur de México, llegaron aquí indígenas que elaboraban hermosas estatuillas y cerámica de dos colores. Originalmente vivían en pequeñas aldeas e incluso en cavernas, alimentándose de pequeñas milpas y algo de caza y pesca, aunque no eran grandes consumidores de los moluscos abundantes en la costa guanacasteca. Enterraban a los niños en vasijas y tenían cierto contacto con tribus de Norte y Suramérica.

En los dos siglos siguientes elaboraban ya metales, estatuillas y vasijas completas. Daban importancia a la elaboración de mazas de guerra (garrotes con una piedra tallada en el extremo) y comerciaban ampliamente con Norte y Suramérica. La población entre pobres y ricos, y la necesidad de crecer, aumentando las diferencias alimentar cada vez más bocas los llevó a consumir grandes cantidades de moluscos, cuyas conchas abandonadas aún se ven en la costa. En el periodo del 500 al 800 dC, la influencia suramericana fue más fuerte y se extendió por toda Guanacaste, llegando hasta donde hoy está Managua, pero al final hubo una nueva invasión (¿pacífica?) desde México y la cultura básica no cambió mucho.

Entre los años 800 y 1200 el arte alcanzó un nivel impresionante por su belleza y surgieron llegando refugiados mexicanos. Se aprovechaba la sustancia defensiva de ciertos moluscos costeros para teñir telas de algodón con un hermoso color púrpura. El "mercado común" mesoamericano operaba mejor que en la actualidad y nuestros indígenas progresaron construyendo aldeas más grandes y con templos de madera. Hay evidencia de que hacían sacrificios humanos por influencia mexicana.

La carne de las víctimas se adobaba con sal y chile y se comía acompañada con chocolate. Sin embargo, los sacrificios humanos eran hechos profundamente religiosos y raramente ejecutados; no se trataba de la práctica común que algunos imaginan.

Del año 1200 a la llegada de los invasores españoles, se establecieron construcciones para la irrigación agrícola y se aplicaron sistemas agroforestales. La cultura se preservaba en la memoria y en libros de cuero que se doblaban como el fuelle de un acordeón. Los sacerdotes enseñaban a los niños el respeto a la naturaleza, y había días todavía podríamos ver estos animales extraordinarios, y muchos turistas no gastarían sus dólares en las sabanas de África, sino en las de Guanacaste.

Este artículo es una adaptación de una interpretación elaborada para el área de Conservación Guanacaste, a la cual agradezco por financiar una pasantía durante la cual preparé esta versión.



Esta escena muestra la caza de un mamut en terreno pantanoso del Pleistoceno europeo. El animal era muerto con lanzas y hachas de piedra. En Costa Rica no se han encontrado restos tan impresionantes como los de España y Alemania, pero sabemos que escenas no muy diferentes se dieron tanto en la Meseta Central como en Guanacaste, donde esos animales dispersaban muchas semillas, incluyendo tal vez las del Árbol Nacional.